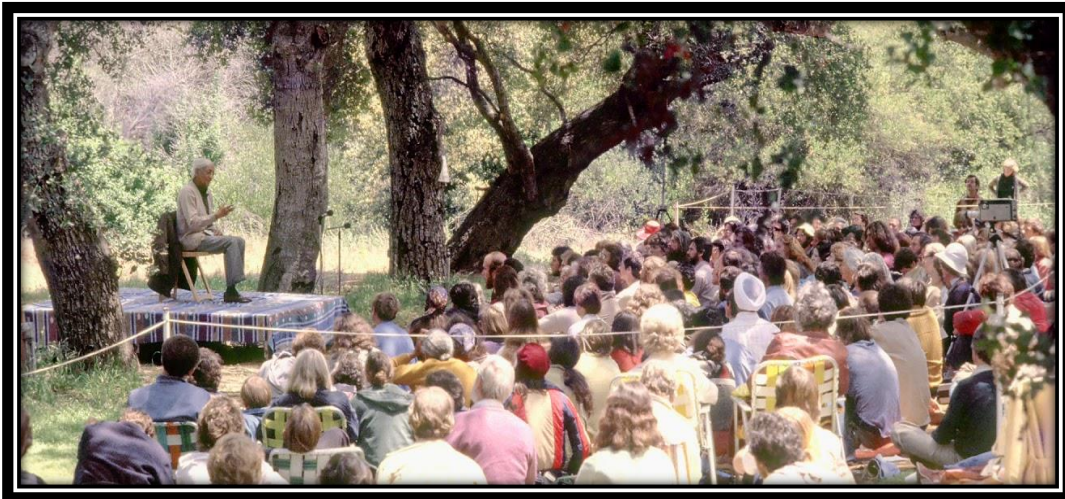


El pensamiento de Krishnamurti en las Artes Marciales



Kenshinkan dôjô

Había evitado regresar a la ciudad Chennai, antigua Madrás, pues desde mi primera visita, en mil novecientos noventa y dos, no me pareció un lugar acogedor, antes bien se mostró como la gran urbe que es: una metrópolis de grandes dimensiones donde viven millones de personas, que soporta un tráfico infernal y padece unas condiciones ambientales casi imposibles. No obstante tenía que visitarla de nuevo, y el motivo no era otro que volver a la Sociedad Teosófica y, desde allí, acercarme una vez más a la Fundación Krishnamurti.

Después de permanecer unas semanas en Arunachala, regresar mentalmente a los tiempos de *maharsi*, subir a las cuevas de la colina, hacer la circunvalación y meditar en el *mandir* día sí y día también, abandoné la montaña roja y puse rumbo a Chennai. Era mi primera visita a la Sociedad Teosófica y llevaba grabadas en mi mente las palabras de Krishnamurti. Sí. Había devorado *Cartas a las escuelas, Tradición y Revolución, Libertad primera y última, Principios del aprender, Krishnamurti y la educación* y algunos otros libros del maestro. Desde el primer momento comprendí que aquellos pensamientos tan clarividentes y sabios deberían extrapolarse a la enseñanza de las artes marciales tradicionales, un mundo en el que yo estaba inmerso desde hacía años.

Llegué a la Sociedad Teosófica a mediados del mes de agosto de mil novecientos noventa y dos y permanecí alojado cerca de la sede durante unos días, un tiempo vertiginoso en el que visité la biblioteca, me entrevisté con algunos miembros de la organización, tuve acceso al interior del edificio de la Fundación y disfruté de los paisajes que un día recorriera el gran orador que fue Krishnamurti.

Regresé muchos años después, en dos mil cinco, para realizar un recorrido similar, aunque a partir de Chennai mi ruta tomaría una dirección diferente pues no me desplazaría hacia el sur, sino hacia el Himalaya oriental. En el transcurso de esta segunda visita tuve la suerte de conocer a quien durante muchos años sirviera como intérprete de español a Krishnamurti. Esta extraordinaria mujer, una española residente en India de trato amable y modales educados, compartió conmigo muchas anécdotas del filósofo indio, abriéndome nuevas perspectivas de investigación sobre la filosofía del gran Krisnaji.

La fundadora de la Sociedad Teosófica fue Helena Petrovna Blavatsky, nacida en 1831 en la ciudad de Dnipro, entonces perteneciente a Rusia y hoy parte de Ucrania. Helena formaba parte de una familia acaudalada emparentada con la nobleza rusa. Desde pequeña mostró un especial talento con la música, interesándose también por el esoterismo. Casada muy joven con Nikifor Vasilievich Blavatsky, vicegobernador de una provincia armenia, se separó abruptamente de él huyendo de una vida en la que se había embarcado, según su propio testimonio, para encontrar una libertad que no respiraba en el contexto social del que provenía. A partir de aquel momento iniciaría una larga serie de viajes que le condujeron a visitar primeramente los países limítrofes de Turquía, Grecia y Egipto, más tarde Europa y posteriormente América, desde donde se desplazaría a Oriente para descubrir India y Tíbet.

Tras continuos retornos a su país de origen, después de residir durante algún tiempo en Egipto y formar grupos de ocultismo en diferentes países, Helena encontró a

quien se convertiría en su verdadero maestro. En 1874 conocería a su gran colaborador y aliado: el coronel Olcott. Al año siguiente, junto a otros doce amigos íntimos también ocultistas, fundarían la Sociedad Teosófica. En 1897 se trasladarían a la India, y solo unos años más tarde establecerían la Sociedad Teosófica en Adyar, en la ciudad de Chennai. El tiempo que transcurrió hasta su fallecimiento, en el año 1891, no estuvo exento de acusaciones de fraude provenientes de grupos instalados en India o Europa. En relación a su obra escrita cabe destacar, por encima de otros muchos títulos: *Isis sin velo* y *La doctrina secreta*

Tras el fallecimiento del coronel Olcott en 1907, la siguiente figura emergente de la Sociedad fue Annie Besant, una colaboradora de madame Blavatsky que tomó gran relevancia dentro de la organización por su carisma, preparación y actividad social y política. Nacida en Londres en 1847, Besant había participado en los movimientos independentistas irlandeses, una actitud política reivindicativa que repetiría a su llegada a la India, donde lucharía por la Independencia del país formando parte del Congreso Nacional Indio. Escritora prolífica, líder indiscutible, comunicadora locuaz, también se la recuerda por ejercer la tutela de Jiddu Krishnamurti, a quien consideraba el próximo avatar, la encarnación del búdico Maitreya destinado a redimir al mundo del caos y la ignorancia.

Jiddu Krishnamurthi vino al mundo el 12 de mayo de 1895 en un pequeño pueblo del sur del Estado de Andra Pradesh. Su padre, Jiddu Narannah, fue funcionario público, al igual que su abuelo, Gurumurthi. Su madre, Sanjeevamma, era una mujer caritativa muy apreciada en la comunidad por sus dotes como médium. Con solo diez años, Jiddu Krishnamurti y su hermano Nytia fueron adoptados por los dirigentes de la Sociedad Teosófica de Madrás y separados de sus padres, un acontecimiento que no detuvo los impulsos de su propia familia para hacerse con la custodia de sus hijos a través denuncias y juicios. En 1912 ambos hermanos marcharon a Inglaterra para continuar allí con su formación. No regresarían a India hasta 1921. Al llegar, Jiddu Krishnamurti, el elegido, el destinado a ser un nuevo mesías, rompió lazos con sus mentores abandonando la misión para la que había estado preparándose durante años.

Krishnamurti dedicó su dilatada vida a impartir charlas y conferencias por el mundo, escribir y dar forma al proyecto educativo de los colegios que fundara en Inglaterra, Estados Unidos e India. En reconocimiento a su ímprobo trabajo fue galardonado con la medalla de la Paz de la ONU en 1984. El 10 de enero de 1986, después de dar su último paseo por las playas de Ojai, en California, Krishnamurti abandonaría este mundo dejando tras de sí un inmenso legado de conocimiento, una herencia espiritual que es hoy fuente de inspiración para multitud de seguidores de todo el mundo que continúan profundizando en el contenido de sus enseñanzas.

Son muchos y muy variados los contenidos de las enseñanzas del filósofo indio, pues siendo como fue un hombre interesado en la naturaleza del ser humano, su mirada acerca de la conciencia del hombre y su psicología le condujo a indagar en lo más hondo de la mente y el espíritu de las personas, para encontrar allí respuestas a sus problemas.

Sus numerosos libros, un enorme proyecto literario y de edición que tomó forma gracias al apoyo de sus estudiantes más allegados, reúnen el contenido de sus charlas y los coloquios que sostuvo con sus alumnos durante el transcurso de las mismas. Sus opiniones abren nuevas perspectivas para comprender más y mejor aspectos vitales de nuestra naturaleza, tales como: educación, tradición, violencia, amor, muerte, temor, orden, observación, meditación, disciplina, sexo, libertad, bondad, creencias, religión, liberación, belleza, etcétera.

Conocí la obra escrita de Jiddu Krishnamurti gracias a la recomendación de uno de mis mejores amigos, y debo decir que aquella fue una de las mejores sugerencias que alguien me ha hecho en mi vida. Entrar en el mundo del gran pensador, meditar sobre sus sabias palabras y, lo más importante, ponerlas en práctica en el ejercicio de mi trabajo como profesor de Budô, ha sido para mí una fuente de inspiración durante décadas, un tiempo en el que el amplio espectro de sus ideas ha ido tomando asiento en mí, ayudándome a construir de mi particular concepto de lo que ha de ser la verdadera educación y, por extensión, mi concepto de arte marcial.

¿Cómo entroncan sus ideas con las formas tradicionales que se observan en el panorama de las artes marciales indias?

¿Qué puede aportar el pensamiento de Krishnamurti al conjunto de las artes marciales orientales?

En los años sesenta, el célebre actor de películas de acción Bruce Lee fue uno de los primeros artistas marciales en afirmar que la filosofía de Krishnamurti había influenciado más que notablemente en su concepto de las artes marciales. En su libro, *The Tao of Jeet Kune Do*, el carismático Lee expone con inteligencia sus ideas, un conjunto de opiniones en las que se puede percibir la sincronía con las expuestas por Krishnamurti en sus propias obras.

Siendo como es el *akhara* indio –o el *dôjô* japonés– un auténtico laboratorio de ideas, un espacio de socialización, un *ágora* donde se ponen de manifiesto todas las conductas humanas, reflexiones acerca de cómo conducirse en su interior para ganar objetividad y clarividencia, resultan más que útiles. Y siendo como es un arte marcial una manera de expresar nuestra naturaleza profunda, un medio donde reunir cuerpo mente y espíritu, un sistema de educación integral, las palabras de Krishnamurti aclaran muchos de los interrogantes que nos acechan.

Regresando a aquél primer acto de rebeldía que condujo a Krishnamurti a romper con la Sociedad Teosófica apreciamos que decía ya mucho de lo que sería uno de los pilares de su pensamiento. En efecto, Krishnamurti huye del clásico papel atribuido al maestro, dando ejemplo y siendo coherente con una de sus más valientes y notables ideas: el único y verdadero maestro es siempre uno mismo. El maestro exterior es un guía, un acompañante, alguien que indica una dirección, pero no es el dueño del destino de su estudiante, antes bien, un auténtico maestro ha de ser desprendido y favorecer la libertad de sus alumnos ayudándoles a descubrir sus potencialidades y apoyando la dirección que estas requieran, aunque ello signifique la elección de un destino diferente al suyo propio.

En la tradición de las artes marciales indias el maestro es un hombre respetado por la comunidad y valorado por sus alumnos con los que ejerce no solo de instructor, sino de guía y preceptor. Además, el gurú es depositario de un conocimiento ancestral, se estima que su legado ha sido transmitido de una a otra generación y no es extraño que se le atribuyan poderes extraordinarios –*siddhis*. Su autoridad moral es pues incuestionable.

Krishnamurti, huye de la tradicional figura del *gurú*, a quien exige el mismo esfuerzo personal que reclama a los estudiantes. Un maestro ha de conocerse a sí mismo antes de emprender el ejercicio de su oficio, debiendo estar siempre dispuesto al hecho mismo del aprender. Para que el proceso de ese aprendizaje se produzca de manera correcta, profesor y alumno han de estar igualmente implicados en la tarea. Solamente así podrán abrirse a la verdadera educación, que es mucho más que la suma de conocimientos, algo que para el filósofo no es sino un obstáculo para la sabiduría a la que ha de aspirar el estudiante sincero.

Este punto es verdaderamente revolucionario en el contexto de las artes marciales indias porque establece un equilibrio entre profesor y alumno, sin que ello signifique olvidar que ambos han de ocupar el espacio que les pertenece. Además, propone una trayectoria ilimitada de desarrollo personal, alejándose de la relación que impone la verticalidad de los sistemas al uso, aderezada con los años, los méritos o los reconocimientos académicos, para situar en una horizontalidad a las personas, interesadas, única y exclusivamente, en el hecho del aprender.

Aquí interviene un factor al que Krishnamurti considera de especial relevancia: el miedo. El temor es enemigo de la libertad y un serio obstáculo para el aprendizaje. Es imposible aprender bajo el yugo del miedo, y tampoco pueden florecer en él: la bondad, la diligencia, la quietud, la disciplina o el verdadero ocio. En el terreno del temor es imposible la felicidad y sin ella tampoco es posible el aprendizaje. Un estudiante ha de ser feliz para poder aprender. Despertar ese aprendizaje para utilizar correctamente aquellos conocimientos es el objetivo de la educación

Otro de los aspectos más criticados por Krishnamurti es la división que generan exámenes, comparativas, competiciones o clasificaciones, elementos todos que seccionan y dividen. Lo mejor y lo peor lo son por comparación, una medida con la que nos hemos familiarizado convirtiéndola en hábito y que, a su entender, no es sino una muestra de corrupción. Mientras existan comparaciones el estudiante acometerá su trabajo con el propósito de obtener mejores calificaciones, alejándose de la excelencia que sería, solo, el aprendizaje. Mientras exista competencia el estudiante se alejará del verdadero ocio, que estado que no tiene pretensión, siendo su sola recompensa el haber realizado la pertinente tarea. La competición, además, aviva el conflicto, la violencia y la guerra.

¿Podemos observar un hecho, un paisaje, una persona, sin compararla con ninguna otra, advirtiéndola tal y como es y aceptándola así, de manera individual?

¿Podemos enseñar al estudiante a disfrutar del solo hecho de aprender?

Las materias de estudio tienen una importancia limitada, cumplen un papel y están destinadas a adquirir los conocimientos que ayudarán al estudiante a instalarse en la sociedad, trabajar, ser productivo y desempeñar tareas y rutinas que la vida diaria le exige, pero el objetivo final de la educación ha de ser el contenido de fondo, y ese no es otro que despertar la verdadera inteligencia, algo que abarcará la totalidad de la vida. Vemos como, en cierto sentido, Krishnamurti rechaza la especialización, proponiendo una visión integral del concepto educativo.

En relación a la tradición, Krishnamurti nos explica que su práctica, como un fin en sí misma, supone un estancamiento del proceso de aprendizaje. Para el filósofo, el ejercicio del ritual repetido de manera inconsciente nos aleja del momento presente y detiene el alcance del objetivo deseado, una conquista que él sitúa más allá de la técnica, el dato, la materia, la especialidad o el hábito. Esta contrariedad se supera con un estado de atención plena. Por lo tanto, Krishnamurti pone el acento en esta última cuestión, una variable que evitará caer en el tedio de la rutina realicemos la tarea que realicemos.

¿Puede un estudiante entender el proceso de la disciplina, que es al mismo tiempo orden?

¿Puede comprender la oportunidad que esto significa para su aprendizaje, sin que intervenga para ello alguna clase de violencia, coacción, autoridad?

Si el estudiante no razona este punto, si no acepta que ser disciplinado y poner orden dentro de sí mismo es una condición necesaria para el aprendizaje, si es la autoridad del maestro o del padre quien exige atención, diligencia o responsabilidad, es imposible que el estudiante se discipline. Será únicamente desde su comprensión que acepte tal comportamiento.

Las grandes posibilidades que ofrecen las enseñanzas de Krishnamurti han tomado forma en los colegios que él mismo fundó y en otros que han ido sucediéndose con el transcurrir de los años. Los colegios de la Fundación Krishnamurti tienen sede en muchas ciudades indias, como Chennai, Varanasi, Pune, Mumbai, Bangalore, existiendo también escuelas en Reino Unido y Estados Unidos. Los centros de información, investigación y estudio de la obra de Krishnamurti están diseminados por numerosos países del mundo.